

Prólogo

Locura animal

Cuando estudié medicina, nos hacían aprender fisiología disecando pequeños animales, atados vivos sobre su espalda, contra una mesa. Era muy difícil utilizar el escalpelo en el vientre de esa pequeña cobaya. Cuando el animal gritaba, muchos alumnos dejaban de intervenir rechazando hacer sufrir al animal. Entonces, un profesor de biología nos explicaba que los animales eran insensibles: «Cuando tu bicicleta rechina, decía tranquilamente, ¿piensas acaso que sufre?»

Probablemente, había leído demasiado a Descartes, y había asimilado el dogma de que un animal no tiene emoción ni un mundo mental, y que todo se permite ante esa cosa viva.

Cada vez menos gente piensa así porque la etología ha ido instilando en nuestra cultura que esos seres vivos pueden sentir emociones. Su mundo íntimo es distinto del modo mental humano, pero es un mundo mental muy superior al de las máquinas.

Los animales no pueden volverse locos, decían ciertos filósofos, ya que para tener problemas psíquicos hay que tener una psique. Los animales solo tienen sus instintos y algunos problemas biológicos. ¿Acaso crees que pueden considerar que son Napoleón o que escuchan voces que les dicen que deben salvar al mundo de la corrupción de los políticos? Mucha gente piensa así, inclusive grandes filósofos como Michel Foucault, para quien la locura es un privilegio de la condición humana.

En la Edad Media, se le atribuía un alma a las bestias y hasta se las personificaba. Cuando un perro salvaba a un niño de ahogarse o evitaba que los zorros se acercasen al gallinero, lo condecoraban en las

fiestas del pueblo, y cuando un jabalí mutilaba a un niño, le hacían un juicio criminal y luego lo colgaban de la plaza pública (no sé si se lo comían luego, o no).

Laurel Braitman no piensa acerca de la locura animal en esos términos. Para ella, se trata de una carencia relacional que altera el desarrollo de ciertos animales. Ha entrevistado a científicos y veterinarios que le han hablado de la angustia de la separación. Describe los problemas de su propio perro, que no pudo adaptarse a su nueva vida y que al perder su «base de seguridad» saltó por una ventana. Ella vivió su propio duelo, y ¿cómo no hacerlo? ¿Cómo se puede vivir con alguien, cuidarlo, jugar con él y atenderlo sin establecer un vínculo?

Todos nuestros niños aman a los animales, los cuidan y protegen y les hacen partícipes de su propia educación. Los animales así criados participan de un entorno humano. En una familia donde hay un animal se habla más, se ríe y comentan las cosas que ha hecho el «pequeño hermano» y todo el mundo se entiende mejor.

Sin embargo, a veces el animal manifiesta lo que los humanos llamamos trastornos. Muerde a sus amos, es violento o no responde como debe a las órdenes que le damos, o a las interacciones que les enseñamos. Los veterinarios actualmente miran qué tipo de relación existe entre los animales y sus dueños para reeducar al animal mal criado.

Lo que provoca los mayores trastornos es la carencia afectiva. Un gran número de animales que la sufren se autoagreden, se muerden las uñas, se quitan las plumas, se lamen hasta causarse dermatitis graves. Nosotros los humanos reaccionamos de forma similar. Ser privados de afecto en los primeros meses de vida a causa de una desgracia maternal (enfermedad, violencia conyugal, guerras...) influye tanto en los pequeños humanos como en los animales, y unos unos y otros tienden a autoagredirse cuando las emociones son muy fuertes. Pero amar no es someterse, y nuestro amigo de cuatro patas debe aprender a hacer su parte del esfuerzo.

Laurel Braitman decidió entonces recorrer el mundo para entrevistar a etólogos que le mostraron monos autoagresivos, bonobos expulsados de sus grupos por su conducta insoportable, elefantes que se enfrentan en duelo, perros traumatizados que se sobresaltan al menor ruido.

La autora evita la antropomorfización y se cuida mucho de aplicar a los animales categorías de diagnóstico propias de los humanos, nada de megalomanías narcisistas en los gatos, ni compensaciones imaginarias en un mono huérfano. Sin embargo, sí que compartimos los mismos sufrimientos aunque los expresemos de forma diferente.

Cuando los gatos están en celo y se cortejan, no hablamos de «orgías» como si fuesen jóvenes excitados por una fiesta sorpresa. No hablamos de «monos lujuriosos» porque vemos callos en sus nalgas. Un animal no es un humano, a pesar de compartir un enorme patrimonio. Sin embargo, mientras más descubrimos de los modos mentales animales, más entendemos el mundo de los humanos, a veces por analogía, otras por diferencia.

La autora nos lleva en un viaje por todo el mundo para responder a estas preguntas: ¿Qué hemos hecho para haber vuelto locos a los animales? ¿Qué podemos hacer para que recobren la salud psíquica? ¿Qué podemos aprender de los animales?

Este es un libro muy claro, muy bien documentado, y a menudo emotivo, que nos invita a un apasionante viaje filosófico y biológico para responder a estas preguntas.

Boris Cyrulnik, 2014

Introducción

Mac, el burro enano, puede ser muy puñetero. Agita las pestañas, dirige aduladoramente hacia ti sus largas orejitas peludas, a modo de antenas de televisión y pega la barriga contra tus muslos. Pero en cuanto te ha conquistado con su pequeño y fornido cuerpo, y su aroma silvestre a artemisa y alfalfa, le sale de dentro una fuerza oscura y desconcertante y, tensándose de golpe, echa la cabeza atrás y te da un buen bocado en la parte huesuda de la espinilla sin soltarte. O se encabrita para pisarte con todas sus fuerzas los dedos de los pies con las pezuñas, o te propina una violenta coz. Si no doliera tanto sería gracioso, porque *Mac* es al fin y al cabo del tamaño de una cabra. Pero como no puedes saber cuándo se le cruzarán los cables, también puede asustarte un poco. *Mac* pasa de ser un burro de lo más cariñoso y mimoso a convertirse en un animal violento y agresivo en un abrir y cerrar de ojos, transformaciones que no parecen estar causadas por nada en particular, por eso algunas personas le han acabado poniendo el mote de «burro esquizofrénico».

Aunque yo no sea una de ellas, estoy segura de que sufre algún trastorno mental, pero *Mac* no tiene la culpa, al menos al cien por cien. Su madre, una estoica burra enana sarda, vivía en el rancho donde yo crecí. Como murió a los pocos días de nacer *Mac*, me lo dieron para que lo criara. En aquella época yo tenía doce años y para mí este menuendo burrito era como un animal de peluche. Me pasé horas dándole el biberón y jugando con él, hasta que me distraje con los libros de *Ana, la de Tejas Verdes* y con el chico del que me enamoré cuando hacía séptimo, un niño tostado por el sol que se deslizaba con su monopatín

detrás del local del McDonald's. *Mac* fue destetado prematuramente y exiliado a un corral sin una mamá que le enseñará cómo funcionaba todo, un ser pequeño e inseguro entre adultos indiferentes. A otro burro esto tal vez no le habría afectado, pero *Mac* no era un burro como cualquier otro. Al final acabó siendo objeto de sus propios ataques, arrancándose el pelo a mordiscos cuando se sentía frustrado o estallando en violentos arrebatos de ira contra las personas y otros animales, arrebatos que le privaron de las muestras de afecto que tanto parecía anhelar. Ahora, al cabo de más de veinte años, sé que las experiencias traumáticas de *Mac* y los problemas conductuales que le causaron son más habituales de lo que parecen.

Los seres humanos no somos los únicos animales del planeta que sufrimos tormentas emocionales que nos complican la vida y a veces incluso nos la hacen imposible. Charles Darwin ya lo descubrió hace más de un siglo. Estoy convencida de que los animales también pueden sufrir enfermedades mentales que se parecen mucho a las nuestras. Me lo han demostrado las experiencias de muchos animales que he conocido, desde *Mac* hasta una serie de elefantes asiáticos, pero el que sobre todo me abrió los ojos en este sentido fue un boyero de Berna (perro de montaña bernés) que mi esposo y yo adoptamos, al que llamamos *Oliver*. Sus miedos, zozobras y compulsiones eran tan exagerados que me hicieron ver la realidad de golpe y me empujaron a investigar si los animales podían sufrir también enfermedades mentales. Este libro es el relato de lo que descubrí, la historia de mis propios intentos de ayudar a *Oliver* y el viaje que inspiraron, una búsqueda para aprender lo que la locura de los animales puede enseñarnos a los humanos.

En el campo de la veterinaria, la psicología, la etología (la ciencia que estudia el comportamiento de los animales), la neurociencia o la ecología, no existe ninguna parte dedicada a investigar si los animales pueden sufrir trastornos mentales. Este libro, basado en pruebas procedentes de las ciencias veterinarias y de estudios farmacéuticos y psicológicos, contiene relatos directos de cuidadores de zoológicos, adiestradores de animales, psiquiatras, neurocientíficos y propietarios de mascotas; observaciones de naturalistas del siglo diecinueve, de biólogos y etólogos contemporáneos, y de muchas personas comunes

y corrientes que simplemente tenían algo que decir sobre animales de su entorno que se comportaban de forma extraña. Al unir todos esos cabos sueltos podemos ver que en muchos sentidos los animales se parecen más a los humanos de lo que muchos nos imaginábamos en lo que respecta a estados mentales y conductas anormales, ya que tanto nosotros como ellos podemos sufrir un miedo cervical en determinadas situaciones sin que haya una razón aparente, ser objeto de una tristeza paralizante de la que no sabemos cómo desprendernos o sentir la compulsión de lavarnos las manos sin cesar o de lamerse ellos las patas. Esta clase de conductas anormales pertenece al campo de las enfermedades mentales cuando le impiden a un ser —sea humano o no— llevar una vida normal, ya se trate de un perro obsesionado en lamerse la cola hasta dejarla sin pelo y descarnada, un león marino empeinado en nadar en interminables círculos, un gorila demasiado triste y retraído como para jugar con los miembros de su grupo, o un ser humano al que las escaleras mecánicas le aterren tanto que ni siquiera se atreva a pisar un centro comercial.*

Cualquier animal con capacidades mentales puede sufrir algún trastorno mental de vez en cuando. A veces viene de haber sufrido abusos o maltratos, aunque también puede ser por otras razones. He conocido a gorilas deprimidos e inquietos, caballos, ratas, burros y focas compulsivos, loros obsesivos, delfines autodestructivos y perros con demencia, y muchos de ellos compartían sus síntomas, sus hogares o sus hábitats con otros seres que no sufrían los mismos trastornos mentales. También he conocido ballenas curiosas, bonobos seguros de sí mismos, elefantes llenos de alegría, tigres satisfechos y orangutanes

* En este libro me refiero a la conducta anormal del mismo modo que la interpretan las personas que pasan tiempo con esta clase de animales: como locura, enfermedades mentales, evidencias de trastornos mentales, demencia y otras dolencias. Son palabras genéricas desplegadas como un paraguas agujereado que abarca una multitud de conductas consideradas anormales. Salta a la vista que no son capaces de describir ni las pautas siempre cambiantes de la mente de un animal, ni mucho menos aún las expectativas sociales de lo que se considera *normal* en los humanos y en otros animales. La locura es un espejo que necesita la normalidad para existir. Y esta distinción puede ser muy opaca.

agradecidos. El mundo de los animales está lleno de conductas anormales, ya sean animales cautivos, de compañía o salvajes, y de pruebas de recuperaciones, solo hay que saber dónde y cómo encontrarlas. *Oliver* fue mi guía en este sentido, aunque estuviera demasiado ocupado lamiéndose compulsivamente las patas como para advertirlo.

Ver los paralelismos relacionados con la salud mental que existen entre los seres humanos y los animales se parece un poco a reconocer la capacidad para comunicarse, el uso de herramientas y la cultura en otras criaturas. Es decir, echa por tierra la idea de que los seres humanos somos los únicos animales del planeta que sentimos o expresamos emociones de formas complejas y sorprendentes. Y también es antropomórfico: la proyección de emociones, características y deseos humanos a otros seres o cosas. Pero podemos elegir antropomorfizar *bien* para hacer de ese modo unas interpretaciones más exactas del comportamiento y la vida emocional de los animales. Así el antropomorfismo, en lugar de ser una proyección egocéntrica, reconocerá rasgos y cualidades humanas en otros animales, y viceversa.

Identificar las enfermedades mentales en otras criaturas y ayudarles a recuperarse también arroja luz sobre nuestra propia humanidad. La relación que mantenemos con los animales que sufren nos hace ser mejores personas y nos ayuda a empatizar con nuestros perros, gatos y cobayas, nos transforma en psiquiatras de bonobos o gorilas, o inspira a los más entregados de entre nosotros a encontrar refugios para gatos o reservas naturales para elefantes.

Ver que muchos animales también tienen enfermedades mentales que pueden curarse al igual que las nuestras es para mí una noticia muy reconfortante. Cuando los humanos nos sentimos tremendamente inquietos, compulsivos, asustados, deprimidos o furiosos, también estamos demostrando ser, por sorprendente que parezca, como otros muchos seres con los que compartimos el planeta. Como el padre de Darwin le dijo a este: «Entre la cordura y la locura hay una perfecta gradación...¹ Todos perdemos la cabeza en algún momento de nuestra vida». Y a los otros animales también les pasa lo mismo.

1

La punta de la cola del iceberg

«Un perro de caza aúlla en la niebla, corretea temeroso y desconcertado porque no ve nada. Ningún rastro en el suelo excepto el suyo propio, y olfatea en todas direcciones con su fría nariz roja y el único olor que percibe es el de su propio miedo, un miedo que le abrasa por dentro como vapor caliente.»

Ken Kesey, *Alguien voló sobre el nido del cuco*

Un perro se arroja por la ventana al quedarse solo en casa

En una cálida tarde de mayo del 2003 un niño al que nunca llegué a conocer estaba haciendo los deberes en el solarío contiguo a la cocina de su casa, en Mount Pleasant, un barrio arbolado de Washington D. C. La parte trasera de nuestro apartamento daba a su casa y mientras hacía las tareas escolares se puso a mirar la hilera de patios urbanos que se extendían a lo largo del sendero, separados por una valla de tela metálica o por pequeñas tablas combadas de madera. Aquel sábado, mientras el niño estaba con la vista alzada, *Oliver*, nuestro boyero de Berna de ojos negros, se arrojó por la ventana de la cocina de nuestro apartamento situado en la cuarta planta del edificio.

Nadie lo vio asomarse por ella, aunque le debió de llevar mucho tiempo apartar el aparato del aire acondicionado y hacer un agujero en la malla de la mosquitera lo bastante grande como para meter por ella su enorme cuerpo de 55 kilos. El cuidador de mascotas que habíamos

contratado para que lo vigilara lo había dejado solo durante dos horas para ir al mercado local de verduras. Seguramente, *Oliver* empezó a golpear y mordisquear la mosquitera tan pronto como se dio cuenta de que estaba solo. En cuanto hizo un agujero lo bastante grande, se arrojó al vacío desde una altura de más de 15 metros.

«¡Mamá!», gritó el niño. «¡Un perro ha caído del cielo!»

Más tarde su madre nos contó que creyó que su hijo se lo estaba inventando, pero al notar su asustada voz fue a comprobarlo y encontró a *Oliver* tendido en el patio trasero de nuestro edificio. Había ido a parar al hueco de la escalera del apartamento del sótano.

Nunca olvidaré la llamada telefónica que le siguió. En ese momento yo sostenía un *gin-tonic* y me había estado preocupando por las manchas de sudor en mi vestido nuevo. Jude se estaba tomando una cerveza y tenía los pantalones empapados de sudor en la parte de las rodillas. Habíamos ido a Carolina del Sur para asistir a la fiesta de casamiento de uno de los primos de Jude y en ese momento estábamos dando vueltas por ahí, incómodos por el bochorno que hacía. Cuando sonó el móvil de mi marido, los camareros acababan de anunciar la apertura del bufé.

La mujer nos dijo que se había encontrado a *Oliver* en el suelo hecho un ovillo. Cuando los vio a ella y a su hijo entrar por la puerta del patio trasero, intentó levantarse meneando débilmente la cola. Tenía los labios y las encías descarnados y ensangrentados por haber agujereado la mosquitera de metal, y no podía andar. Lo metieron en el coche y se lo llevaron a toda prisa al hospital veterinario del barrio. Para tratarlo, en el hospital les pidieron un depósito de 600 dólares. La mujer les extendió un cheque por esa cantidad y luego volvió con el coche hasta donde vivíamos y fue llamando a todas las puertas del edificio para averiguar a quién pertenecía aquel extraño y maltrecho perro.

«Cuando lo dejamos en el hospital el veterinario no conocía el alcance de las lesiones», le explicó la mujer a Jude al llamarnos por el móvil, «pero nos dijeron que nunca habían visto a un perro sobrevivir a una caída como aquella».

Abrumados, le dimos las gracias por su generosidad y colgamos. Yo le rogué a Jude que nos fuéramos de inmediato. Pero en Carolina

del Sur era casi de noche y, como no habríamos podido coger el último vuelo a tiempo, llamamos al hospital veterinario para preguntar si había alguna novedad sobre el estado de *Oliver* (todavía no había ninguna), y luego seguimos participando en la fiesta nupcial preocupados y asustados.

Cuando tenía veintiún años, un día al ir al lavabo de un bar de una ciudad del norte del estado de Nueva York, conocí a Jude. Nos enamoramos locamente, estábamos tan colados el uno por el otro que nada nos parecía imposible. Al poco tiempo ya habíamos hecho una lista de las diez mascotas que más deseábamos tener en el futuro. Después de hacer un viaje a China y al Tíbet, añadí un par de yaks a la lista y desde el principio quise vivir con un capibara, pero sobre todo soñábamos con tener perros. La lista la encabezaba un boyero de Berna. Esta clase de perros, criados para vigilar ganado y tirar de carros cargados de queso y leche por los Alpes suizos, son bonitos, corpulentos y majestuosos, y tienen una apariencia amigable. Las compañías de comida para perros lo saben, y los fabricantes de automóviles también. Los boyeros de Berna son los supermodelos del mundo canino y salen en anuncios de pienso ecológico, papel absorbente de cocina, perfume, coches todoterreno y ofertas de compañías telefónicas.

Cuando Jude y yo nos mudamos a un apartamento en Washington D. C. donde se nos permitía tener perros, situado junto a las lagunas y las rutas de senderismo del Rock Creek Park, empecé a buscar cachorros.

Y los encontré. Pero me llevé una buena decepción al enterarme de que un cachorro de boyero de Berna costaba casi 2.000 dólares. En aquel tiempo trabajaba para una organización de protección del medioambiente y Jude, un geólogo contratado por el Gobierno, apenas ganaba algo más que yo. No podíamos darnos el lujo de comprar un cachorro tan caro y, aunque nos lo hubiésemos podido permitir, no me parecía bien gastar tanto dinero en un perro. Así que nos pasamos varios meses sintiéndonos como unos perversos al ir al parque a mirar a los perros de los vecinos, intentando atraerlos con el

montón de chuches que llevábamos clandestinamente en los bolsillos para que se dejaran acariciar. «Veeeen aquí perrito, perrito.»

Y un día de pronto recibí un correo electrónico de un criador con el que me había puesto en contacto hacía unos meses. ¡Me proponía «regalarme» uno de sus perros adultos! Me contó que un boyero de Berna, llamado *Oliver*, de cuatro años, no estaba recibiendo la atención que necesitaba de sus propietarios. Y me señaló que al ser un perro adulto me daría menos trabajo que un cachorro, porque ya no tendría que sacarlo tanto para que hiciera ejercicio.

Quedé para encontrarme con él al día siguiente. Cuando mi marido y yo entramos al centro veterinario para conocer a *Oliver* y a su familia, vimos que una niña paseaba por el césped que había junto a la entrada con un perro gigantesco que agitaba como una bandera la cola con la punta blanca, doblada sobre su lomo. Sus níveas patas eran como las de un león, enormes y anchas, y tenía el pelaje lustroso y vaporoso, al estilo de los peinados de la década de 1970. Con un aire alegre, parecía estar disfrutando del paseo mientras la pequeña lo llevaba de un lado a otro por el césped.

Ahora cuando pienso en la escena me choca ver lo ingenua que fui. La primera cosa que tendría que haberme hecho dudar era adoptar un perro en un centro veterinario y no en la casa de la familia, entre otras muchas cosas más. Pero en aquella época tenía una venda en los ojos.

Oliver estaba viviendo en el centro veterinario porque, por orden judicial, no podía quedarse en el barrio de sus propietarios. Había tenido un altercado con una vecina y su perro y a los propietarios de *Oliver* les habían amenazado con denunciarles. Ahora me parece un asunto muy serio, pero entonces no le di importancia. La madre de la familia, la humana que más se ocupaba de *Oliver*, me contó que «se había entusiasmado tanto al ver al nuevo perro de la vecina que había saltado por encima de la valla electrificada para ir a saludarle». Los perros se empezaron a pelear, la mujer intentó separarlos y entonces *Oliver* la mordió. Ya no necesité oír nada más. Todo el mundo sabe que si intentas separar a dos perros enzarzados en una pelea te pueden dar un buen mordisco, para eso sirven las mangueras del jardín. Ade-

más, me dije, seguro que la vecina debe de ser muy quisquillosa. Jude y yo sabríamos controlar a nuestro perro, solo necesitaría que lo adiestráramos un poco.

Ahora, al verlo en retrospectiva, sé que la historia del mordisco no era más que la punta del iceberg o la punta de la cola de un perrazo, pero en aquel momento no me di cuenta, estaba demasiado ilusionada.

Nos enamoramos de *Oliver* a primera vista. Fue más bien una sensación física que una decisión consciente. No nos lo pensamos ni por un segundo. Aquella misma tarde nos lo llevamos a casa.

Los primeros días, *Oliver* nos dio muy buena impresión y luego empezó a adquirir una rutina con Jude y conmigo y se volvió muy cariñoso. Nos pasábamos horas jugando con él al escondite en casa y en el parque, retorciéndole los bigotes juguetonamente, preguntándonos en voz alta cómo sería su voz si pudiera hablar y llenando bolsas y más bolsas de basura con el pelo que se le caía al cepillárselo. Fue al cabo de varios meses de haberlo adoptado cuando empezó a manifestar un comportamiento extraño. Pero tan pronto como lo hizo se fue extendiendo como una mancha de aceite viscosa y pegajosa, inexorablemente, sin que pudiéramos hacer nada para contenerla.

La primera señal de que nuestro perro tenía un problema la vi por casualidad. Jude se había ido a trabajar y yo, tras despedirme de *Oliver*, cerré la puerta de casa para ir a mi trabajo. Pero cuando estaba a punto de coger el coche me di cuenta de que me había dejado las llaves. Mientras volvía a casa para ir a buscarlas oí a varias manzanas de distancia unos lastimeros aullidos, no eran felinos ni humanos, ni tampoco venían del Zoo Nacional. Eran ladridos que salían de nuestra casa, parecían los chillidos de un animal demasiado grande como para chillar (al menos eso era lo que creía antes de conocer a varios elefantes).

En cuanto llegué el porche los ladridos cesaron de golpe y fueron reemplazados por un ruido extraño. Mientras subía la escalera que llevaba a la planta superior, el ruido fue aumentando por momentos. De pronto me di cuenta de que eran las uñas de *Oliver* chocando contra el suelo de madera mientras corría como un loco de arriba abajo por nuestro apartamento. Al abrir la puerta me lo encontré jadeando y con los ojos desorbitados. Se puso a dar saltos ante mí como si yo acabara de

volver de una expedición después de haber estado meses sin verlo, en lugar de hacer tan solo cinco minutos que me había ido. Cogí las llaves del coche, lo acompañé a su cama, le acaricié un poco y me fui. Al salir a la calle me senté en el porche y esperé. Al cabo de diez minutos al no oírle me levanté aliviada. Pero de pronto, en cuanto di varios pasos, volví a oír esos aullidos, chillidos y ladridos. Una y otra vez. Al alzar la vista vi la gigantesca cabeza de *Oliver* pegada a la ventana de nuestro dormitorio, con las patas apoyadas en el alféizar. Me estaba mirando con la lengua colgando. Había esperado a que yo saliera del porche para ponerse a ladrar. Como iba a llegar tarde al trabajo si seguía preocupándome por él, me dirigí al coche girando de vez en cuando la cabeza. *Oliver* se había ido a la ventana de la sala de estar para poder verme alejándome por la calle. Cuando doblé la esquina, se puso a ladrar con más fuerza, y mientras conducía para ir a trabajar, no me pude sacar de la cabeza los ladridos de mi perro durante todo el trayecto.

Aquella noche, al volver Jude del trabajo, se encontró con que *Oliver* había agujereado a mordiscos dos toallas de baño por el centro y convertido las dos almohadas de nuestra cama en una montaña de plumas de ganso y de jirones de tela. En el vestíbulo también había una misteriosa pila de virutas de madera, y delante de las ventanas, en el suelo, unos arañazos que parecían las marcas de un fantasma en una pizarra. Curiosamente también tenía las patas delanteras bastante mojadas.

—¿Crees que hay algo que su antigua familia no nos haya dicho?
—me preguntó Jude más tarde arrimándose a mí mientras estábamos en la cama con la cabeza apoyada en unos jerséis doblados a modo de almohadas.

Sentí la silenciosa presencia de *Oliver* junto a nosotros en la oscuridad. Por la noche siempre se quedaba hecho un ovillo delante de la puerta del dormitorio, y cuando notaba que nos habíamos dormido, se iba a su cama, al lado del sofá, un cojín redondo con la imagen impresa de un coche Smart. Respiraba apaciblemente.

—Me cuesta creer que nos hayan mentido —le respondí.

Pero pese a haber dicho estas palabras, sentí la duda aflorando en mí como el sedimento del fondo de una laguna asomando a la superficie al agitarse el agua.

Lo que Darwin sabía

No era fácil intentar comprender qué idea le estaría pasando por entre sus peludas orejas cuando *Oliver* roía las toallas o aullaba pegado a la ventana al quedarse solo en casa. En muchos sentidos siempre ha sido muy difícil intentar comprender la relación entre lo que un animal piensa y lo que hace.

En 1649, el filósofo francés René Descartes sostuvo que los animales eran autómatas carentes de sentimientos y de autoconciencia que actuaban inconscientemente a modo de máquinas. Para él y para muchos otros filósofos, la autoconciencia y los sentimientos eran atributos exclusivos del ser humano que nos unían con Dios y demostraban que nos había hecho a su imagen y semejanza. La idea de ver a los animales como máquinas¹ acabó arraigando y duró mucho tiempo, y durante siglos se estuvo esgrimiendo para demostrar la superioridad de la inteligencia, el razonamiento, la moralidad y otras facultades humanas. En el siglo veinte todavía se tendía a tachar de ingenuos o irracionales a los que afirmaban que los otros animales no humanos, al igual que nosotros, también tenían emociones y eran conscientes de sí mismos.²

El golpe más duro que recibió esta idea sobre la excepcionalidad del ser humano, al menos en los círculos científicos occidentales, se lo dio Charles Darwin, primero en *El origen de las especies* y más tarde en *El origen del hombre* y, por último, en la profusión de detalles citados en *La expresión de las emociones*, publicado en 1872. Este libro presentaba sus últimos argumentos para demostrar su teoría de mayor alcance sobre que los humanos solo eran otra clase de animales. Creía que la similitud que nuestras experiencias emocionales tenían con las de otras criaturas del planeta³ era una prueba más de que nosotros compartíamos con ellas los mismos antepasados.

En *La expresión de las emociones* describió a chimpancés hoscos, desdeñosos o indignados, a monos paraguayos asombrados, y a perros amando a otros perros, a gatos o a personas. Tal vez lo más sorprendente que sostenía era que muchos de esos seres eran capaces de vengarse, actuar con valentía y expresar impaciencia o descon-

fianza. A Darwin le impresionó mucho el comportamiento de su perra terrier, que después de que le hubieran quitado y matado a sus crías, «intentó satisfacer⁴ su gran instinto maternal volcándolo en él [Darwin] y deseando lamerle las manos con una pasión insaciable». Darwin también estaba convencido de que los perros sufrían decepciones y abatimiento.

«Cerca de mi casa»,⁵ escribió, «hay un sendero que se bifurca a la derecha para llevar al invernadero, que suelo visitar durante un rato para contemplar mis plantas experimentales. Cuando *Bob*, mi perro perdiguero, descubría que yo tomaba ese camino, se llevaba un buen chasco, porque no sabía si seguiría paseando, y era muy gracioso ver cómo le cambiaba la cara en cuanto me dirigía a él (a veces yo lo hacía como un experimento). Todos los miembros de mi familia conocían la expresión que el perro ponía y la llamaban «*cara de invernadero*».

Según Darwin la decepción perruna era inconfundible: cabizbajo, «hundía ligeramente el cuerpo y se quedaba quieto, con las orejas gachas y el rabo entre las piernas, había de pronto dejado de menearlo... Su aspecto revelaba un abatimiento lastimoso y sin esperanzas». Y, sin embargo, «cara de invernadero» no fue más que el principio para Darwin.

Siguió documentando sobre elefantes apesadumbrados, gatos domésticos, pumas, guepardos y ocelotes contentos (que expresaban su satisfacción ronroneando), y también sobre tigres que, según él, cuando se sentían felices en lugar de ronronear lanzaban un «peculiar resoplido⁶ al tiempo que entornaban los ojos». Escribió sobre los ciervos del Zoo de Londres que se acercaban a él porque creía que sentían curiosidad. Y habló del miedo y la rabia de bueyes almizcleros, cabras, caballos y puercoespines. También estaba interesado en la risa. «Las crías de orangutanes al hacerles cosquillas... sonríen, se ríen entre dientes y les brillan los ojos», señaló Darwin.

Pero no fue hasta publicar la edición revisada de *El origen del hombre* en 1874 cuando Darwin opinó directamente por primera vez sobre la demencia en otros animales. Escribió:

Creo que hasta aquí se ha demostrado que el hombre y los animales superiores,⁷ en especial los primates, poseen unos cuantos instintos en común. Todos poseen los mismos sentidos, intuiciones y sensaciones (similares pasiones, afectos y emociones, incluso las más complejas, como celos, sospecha, emulación, gratitud y magnanimidad; practican el engaño y son vengativos; a veces son susceptibles al ridículo, e incluso tienen sentido del humor; muestran admiración y curiosidad; poseen las mismas facultades de imitación, atención, deliberación, elección, memoria, imaginación, asociación de ideas y razón, aunque en grados muy diversos. Individuos de la misma especie varían en intelecto desde la imbecilidad absoluta hasta la máxima excelencia. También se hallan expuestos a padecer locura, aunque con menos frecuencia que en el caso del hombre.

Darwin no parece haber realizado ninguna investigación⁸ al respecto. Se limita a citar a William Lauder Lindsay, un médico naturalista escocés que creía que los animales no humanos también podían volverse locos. Lindsay escribe en un artículo publicado en 1871 en la revista científica *Journal of Mental Science*: «Espero demostrar que⁹ tanto el hombre como otros animales tienen en esencia la misma mente, tanto si funciona con normalidad como de forma anormal».

Lindsay sabía mucho sobre este tema, sobre todo en lo que respecta a la demencia humana. Había sido nombrado médico de la Institución Real de Murray para los Dementes en Perth en 1854 y se dedicó a este trabajo durante veinticinco años. Mientras tanto siguió con su pasión por la botánica y en 1870 publicó un libro que tuvo mucho éxito sobre los líquenes británicos, y al igual que Darwin, también era miembro de la Royal Society, que le concedió una medalla por «ser una eminencia en historia natural». Lindsay combinó su interés por la historia natural y su experiencia en tratar a los enfermos mentales en *Mind in the Lower Animals*, una obra maestra en dos volúmenes publicada en 1880 que trataba sobre moralidad y religión, lenguaje, los trastornos psíquicos de los niños y los «salvajes», y sobre muchos otros temas. Pero *Mind in Disease*, el segundo volumen, es verdaderamente excepcional.

Como Darwin, Lindsay también creía que la mente de los dementes,¹⁰ los criminales, los no europeos y los animales se parecían. Las personas locas se podían reconocer por «usar los dientes para morder con saña» y por sus «sucios hábitos». Lindsay escribió que muchas personas dementes «“comían y bebían como bestias”, comían carne cruda a dentelladas, bebían agua a lametazos, y se atracaban y atiborraban de comida al igual que ciertos animales carnívoros». También creía que muchas de ellas preferían estar con otros animales en lugar de con personas, adquiriendo a veces una especie de lenguaje animal que les permitía comunicarse con sus compañeros no humanos. Señaló que un «idiota» italiano conocido como el Hombre Pájaro se desplazaba saltando a la pata coja, extendía los brazos como alas y escondía la cabeza en el sobaco. También piaba cuando se asustaba o veía a desconocidos.

Lindsay escribió además sobre niños salvajes¹¹ como el Niño Lobo de la India, del que decían que se había criado entre lobos. Los clasificó como un subtipo de lunáticos que caminaban a cuatro patas, trepaban a los árboles, merodeaban por los alrededores por la noche, bebían el agua a lametazos como los bueyes, olfateaban la comida antes de ingerirla, roían los huesos, se negaban a cubrirse con ropa y carecían de lenguaje, del sentido de la vergüenza o de la capacidad para sonreír. Lindsay, como las generaciones de médicos que le antecieron, interpretaba el proceder de sus pacientes estableciendo analogías con otros animales.

En el famoso Hospital Real de Bethlem de Londres, el lugar de donde viene la palabra inglesa *bedlam* («casa de locos») por el caos que reinaba en él, los locos también eran comparados a¹² animales y tratados como tales. Antes de que el hospital prohibiera la entrada al público en general en 1770, Bethlem era un espectáculo muy popular. Ir a ver a los enfermos mentales, como el paciente que se pasaba todo el día cacareando como un gallo, se consideraba una buena diversión, junto con otros pasatiempos, como la prostitución, que prosperó en el interior y en los alrededores del hospital. Bethlem, además de servir como una colección de humanos locos, también alojaba a personas cuerdas que habían sido ingresadas a la fuerza por ser molestas o de-

masiado excéntricas para sus familias. Como en un zoológico, a los pacientes más incontrolables los encadenaban desnudos por el cuello o por el tobillo a la pared. No es de extrañar que el olor nauseabundo y las condiciones inhumanas del hospital, así como la extraña conducta de muchos de sus pacientes, les recordara a la gente a una perrera o a un circo. Con el paso del tiempo las condiciones del hospital mejoraron, pero un visitante afirmó en 1811 que todavía se seguían usando cadenas y grilletes, y que a algunos de los pacientes incurables «los mantenían encadenados a todas horas como fieras salvajes».¹³

Lindsay era una persona muy interesante porque, aunque trabajara como médico en otro manicomio británico, no se dedicó solo a estudiar a humanos locos comportándose como animales, sino que además se negó a ver a los animales como bestias descerebradas. Para él, los animales *también* podían enloquecer. Incluso estaba convencido de que algunos humanos lunáticos¹⁴ eran mentalmente más degenerados que los perros o los caballos. En *Mind in Disease*, una especie de manual práctico victoriano de las enfermedades mentales, describió muchos tipos de trastornos mentales en los animales, desde la demencia y la ninfomanía hasta las alucinaciones y la melancolía.

Lindsay también estaba convencido de que los animales eran capaces de sufrir muchas clases de «heridas emocionales» y relató una historia tras otra al respecto. Como la de una cigüeña que prefirió que la «quemaran viva»¹⁵ antes que abandonar a su polluelo, y la de un perro terranova que después de que le riñeran, le pegaran ceremoniosamente con un pañuelo y le dieran con la puerta en las narices cuando intentaba salir de la habitación para ir tras la niñera y los niños de la familia (sus compañeros habituales), le invadió una tristeza tan profunda que «intentó ahogarse dos veces lanzándose a una zanja, aunque sobrevivió... y entonces dejó de comer». Al poco tiempo murió.

Todas estas historias le resultaban muy instructivas a Lindsay no solo porque estaba convencido de que las enfermedades mentales de otros animales se parecían mucho a las de los humanos, sino porque además eran peligrosas. «Los defectos o trastornos mentales», como él los llamaba, en los caballos, los bueyes o los perros podían ser aterradores. La causa de la conducta violenta o agresiva de esos animales era

desconcertante y misteriosa, e inspiraba miedo porque en aquellos tiempos todo el mundo vivía a diario rodeado de caballos, perros y ganado, incluso en las grandes ciudades. En la época de Lindsay y hasta algún tiempo después, los bueyes enfurecidos con tendencias asesinas o los caballos enloquecidos con la pulsión de cocear o pisotear a quien se les pusiera a tiro constituían un peligro para la salud pública.

Un resquicio de esperanza

Al día siguiente de arrojar *Oliver* por la ventana de nuestro apartamento, Jude y yo tomamos el primer vuelo rumbo a Washington D. C. y fuimos directos con el coche al hospital de animales. Una auxiliar de veterinaria nos acompañó al fondo de la clínica y nos dijo: «Sinceramente es la primera vez que vemos a un perro sobrevivir a una caída como esta. Hemos pedido a los estudiantes de veterinaria que fueran a verlo porque es un caso fuera de lo común». Nos acompañó a una sala donde había un montón de jaulas alineadas junto a la pared del fondo y añadió que *Oliver* se encontraba un poco atontado, aunque despierto.

Amodorrado, estaba hecho un ovillo en una jaula en la que apenas tenía espacio para darse la vuelta. En la pata izquierda delantera tenía una zona rectangular en la que le habían afeitado el pelo y su pecoso hocico estaba lleno de cortes irregulares y arañazos. «¡Fiera!», exclamé llamándole por su mote.

Oliver alzó la cabeza y nos miró a Jude y a mí a los ojos. Su cola repiqueteó contra el suelo de la jaula débilmente mientras intentaba levantarse. Me sentí aliviada e impotente a la vez, no sabía cómo acariciarle a través de la malla metálica.

El veterinario que nos atendía se acercó para preguntarnos si disponíamos de un momento para hablar. «El resquicio de esperanza es que *Oliver* está demasiado magullado como para intentar volver a arrojar en cualquier momento por la ventana».

Aunque había caído al suelo de cemento desde una altura de más de quince metros, no se había roto un solo hueso para la gran sorpre-

sa de los veterinarios y los auxiliares del hospital. Estaba magullado y dolorido y tardaría semanas en poder volver a caminar, pero los profesionales de la clínica nos dijeron que se recuperaría del todo, al menos físicamente.

—Transportadlo con una sábana a modo de camilla a la planta baja cada varias horas para que pueda hacer sus necesidades —nos sugirió—. También tendréis que llevarlo a un veterinario conductual. Os daré Valium para que por ahora se calme, pero no es más que una solución temporal.

—¿Y cuál es la solución a largo plazo? —le pregunté.

—Mudarnos a un apartamento que esté en un primer piso —respondió, y luego se fue de la sala.

Si hubiéramos sabido en qué fijarnos, Jude y yo habríamos advertido el grado de ansiedad de *Oliver* antes de que se tirara por la ventana. Al mirar atrás ahora me doy cuenta de que en aquella época yo estaba consternada por su agitación y que su problema me sobrepasaba, pero no estoy segura de si veía del todo de lo que el perro era capaz.

Tras pasar el primer año con él, Jude y yo empezamos a notar una conducta más extraña que nunca y seguimos preguntándonos si *Oliver* habría sufrido algún trauma cuando vivía con su familia anterior. Siempre que se quedaba solo en casa su grado de ansiedad se disparaba en cuestión de segundos. Y cuando volvíamos, se ponía a saltar como un loco con unas muestras desmesuradas de alegría, aunque solo hubiéramos ido a la planta baja a sacar la basura a la calle. Por la noche se dedicaba a atrapar moscas inexistentes. Iba siguiendo con la vista a esos insectos invisibles como si fuera un pointer. Cuando lo hacía, entraba en una especie de trance y ni siquiera conseguíamos distraerlo dándole queso, pedacitos de carne o prodigándole mimos. También se estaba convirtiendo en un problema en el parque, porque había empezado a ver el lugar como una especie de bufé canino, y a los perritos salchicha y a los doguillos que correteaban desatendidos por sus dueños, como aperitivos. Todavía no había mordido a otro perro, pero cuando uno de ellos le llamaba la atención, se lanzaba con toda su

mole como una apisonadora hacia él, por más lejos que estuviera, y luego se paraba en seco junto al pobre animal, derribándolo como si jugara a los bolos y aterrando a sus compañeros humanos. Pero para él no parecía ser simplemente un juego.

Oliver también engullía una variedad de cosas con fruición, como bolsas de plástico y a veces toallitas de baño, aunque hiciera años que hubiera dejado de ser un cachorro. A Jude y a mí esto nos ponía de los nervios. Una noche, después de contemplar a *Oliver* intentar vomitar durante horas sin lograrlo, lo llevamos a altas horas de la noche al hospital, y al hacerle una radiografía el veterinario descubrió un voluminoso objeto obstruyéndole el intestino grueso.

—Creo que no nos queda más remedio que operarlo —nos anunció—. Pero antes probaré un último recurso, aplicarle un enema. Es muy poco probable que funcione, pero quién sabe.

Una hora más tarde se presentó en la sala de espera una auxiliar de veterinaria y nos mostró lo que a primera vista parecía un acordeoncito de plástico marrón.

—Es la primera vez que le extraemos a un perro algo parecido, pero creemos que es un envoltorio intacto de galletas saladas —dijo la auxiliar.

Oliver además de zamparse el envoltorio, se había tragado la bolsa de plástico con autocierre en la que guardábamos las galletas. Por lo visto su tracto gastrointestinal había comprimido el plástico dándole el aspecto de un instrumento musical curtido por la bilis.

Y también se lamía las patas compulsivamente. Al principio Jude y yo solo advertimos que estaban mojadas, pero enseguida nos dimos cuenta de que tenía la costumbre de lamerse las patas delanteras durante horas. Intentamos cambiarle la dieta, lavarle con distintos champús y llevarlo a pasear por otras rutas para asegurarnos de que no se debiera a una alergia, pero fue en vano. Siguió lamiéndoselas hasta el punto de dejar algunas partes peladas y descarnadas. A veces se dedicaba en su lugar a lamerse obsesivamente la cola hasta que le salían llagas y parecía un pastrami que despedía un tufillo apestoso. El veterinario nos dijo que era una conducta compulsiva y que le teníamos que obligar a llevar un collar isabelino de plástico. *Oliver*, como la

mayoría de perros, lo odiaba. Al principio intentó dejarlo atrás. Como lo veía por el rabillo del ojo como una gran molestia de la que no se podía zafar, echaba a correr por la casa a lo largo de varios metros y luego se paraba en seco y miraba nerviosamente hacia uno y otro lado. Pero por más que corriera como un loco de arriba abajo seguía viendo el collar isabelino. Nos dio tanta lástima que se lo sacamos.

A estas alturas la ansiedad de *Oliver* ya me estaba empezando a agotar. Si por la tarde no volvíamos a las cinco o a las seis a casa, sabíamos que habría destrozado almohadas o toallas, o mordisqueado las molduras de madera. Arañaba con tanta fuerza el parquet que parecía que viviéramos con termitas gigantes. Contratar a un paseador de perros para que se quedara con él hasta que volviéramos nos dio un respiro, pero no resolvió el problema, y una tarde cuando el paseador de perros se lo llevó a su casa y lo dejó solo una hora, *Oliver* arañó y mordió la tapicería del sofá cama hasta dejarla reducida a jirones llenos de babas. Jude y yo acabamos coordinando nuestros horarios laborales yendo uno más tarde a trabajar y llegando el otro a casa más temprano para dejarlo solo el menor tiempo posible. Cuando estábamos con él, aparte de atrapar moscas invisibles y asustar a los pobres perros del parque, *Oliver* era la calma personificada. Pero cuando se quedaba solo, se convertía en un auténtico tornado.

Lo descubrí porque le hice un vídeo. Como Jude y yo sentíamos curiosidad por saber por qué algunos días eran peores que otros en esta nueva escala Richter de destrucción, pedí prestada una cámara de vídeo y la dejé encendida para que grabara a *Oliver* cuando se quedaba solo en casa. Por lo visto había una cosa más, aparte de la soledad, que le hacía casi volverse loco de miedo: los truenos. Y cuando estas dos cosas se combinaban, era como si alguien hubiera lanzado una granada de ansiedad en el apartamento. Espumeando por la boca, iba nerviosamente de un lado a otro de la casa y se escondía temblando entre la cama y la pared, para al cabo de unos segundos levantarse e intentar embutir su cuerpazo bajo la mesita del salón. Por desgracia, aquel verano la humedad que flotaba en el aire creaba un día sí y otro no una tormenta eléctrica que llegaba a su punto más violento varias horas antes de volver nosotros a casa. En la otra punta de la ciudad, desde la

ventana de mi despacho, yo veía preocupada los relámpagos y sentía los truenos retumbando en mi pecho, y me imaginaba al cuerpo peludo de *Oliver* acurrucado en un rincón temblando como un flan y hecho un manojo de nervios.

En su magnífico libro, *Dog Years*, Mark Doty escribe: «Estar enamorados es nuestra versión más común¹⁶ de lo inefable, todo el mundo parece aceptar que es algo que no se puede experimentar desde fuera, se ha de vivir de primera mano... Y tal vez la vivencia de amar a un animal sea más difícil aún de expresar, porque los animales no nos pueden responder con palabras, ni describirse a sí mismos o corregir las suposiciones que hacemos sobre ellos». Preocuparte por un animal como *Oliver* es algo que no se puede explicar y, sin embargo, el amor que transmite vale más que mil palabras. Los perros en especial nos hacen ser más expresivos en muchos sentidos. Hacen que nos comportemos más como perros, rodando por el suelo o saltando de un lado a otro para que se exciten, en un emocionante juego en el que nos convertimos en una transespecie. Hacen que nos detengamos en los lugares adecuados para orinar. Nos obligan a ir al parque, a fijarnos en el tiempo que hace, a advertir los restos de comida descomponiéndose en el suelo y también las entradas de las madrigueras de animales pequeños. Es decir, hacen que nos fijemos en cosas que, de lo contrario, nos pasarían inadvertidas.

Los perros también son buenos barómetros de las relaciones de pareja y suelen actuar como el tercer ángulo de un triángulo conectando a dos personas que de lo contrario ni siquiera se mirarían. Y *Oliver* no era una excepción en este sentido.

A medida que su ansiedad aumentaba y con ella su necesidad de gozar de una estructura, ejercicio físico, compañía y una rutina, la vida se volvió más estresante para Jude y para mí. También teníamos distintas ideas sobre lo que significaba una estructura y una rutina. Jude había criado a un perro lazarillo y, pese a saber muchas cosas sobre el adiestramiento de canes seguros de sí mismos y apacibles, creo que era poco compasivo con las pequeñas manías y rarezas de *Oliver*. En una

ocasión se lo llevó en un viaje de trabajo a las afueras de la ciudad y lo dejó solo todo el día en la casa de un amigo, algo que no habría sido ningún problema para un perro tranquilo y relajado, pero *Oliver* se arrojó por la ventana del salón (por suerte era un primer piso) haciendo que los otros dos perros de su amigo le siguieran. Les llevó horas encontrarlos a los tres. Jude, al ver que no podía volver a dejar a *Oliver* en casa de su amigo, lo llevó a la residencia canina más cercana y lo dejó allí el resto de la semana. Cuando volvió a casa con él, sentí que la ansiedad de *Oliver* había aumentado por haberlo dejado solo. A las pocas semanas se arrojó de nuevo por la ventana de nuestro piso.

Por lo general, Jude tendía más que yo a decir: «Puede manejar la situación, no es más que un perro». Al mirar atrás no sé quién de los dos tenía razón. Creo que ambos estábamos solos en un mar de sistemas particulares que queríamos aplicar. Pero Jude me estaba empezando a parecer más insensible de la cuenta. Y él creía que yo me estaba convirtiendo en la clase de persona que invierte demasiado tiempo y dinero preocupándose por algo que no tiene arreglo y que le echaba la culpa injustamente a él. Sospecho que no solo era poco compasivo con *Oliver*, sino también conmigo. La correa que nos unía se estaba deshilachando.

Mis ideas preconcebidas sobre las mentes no humanas también se estaban desgastando. De pronto empecé a ver por todas partes a *Oliververs* y a posibles *Oliververs*. Era como si la crisis de mi perro me hubiera hecho poner unas oscuras gafas caninas que me hacían ver el mundo desde la angustiada óptica de un perro. Seguía viendo a perros haciendo cosas de perros, pero ahora los estaba empezando a ver como individuos con un sistema emocional inestable que condicionaba su conducta mientras echaban de pronto a correr como bólidos, jadeaban, se quedaban con la lengua colgando y se encorvaban. Este sistema emocional que tendía a cambiar como el viento de un momento a otro les hacía comportarse de forma extraña. A medida que hablaba en el parque de la desconcertante conducta de *Oliver* con otros propietarios de perros, en las cenas con amigos, con gente que acababa de conocer y con otras personas que conocía hacía años, empecé a reunir también sus historias.